

---

## ACTO PRIMERO.

### ESCENA PRIMERA.

El teatro representa una sala espaciosa, sostenida por columnas, con entradas á derecha é izquierda; en el fondo, una gran puerta, de dos hojas, lleva á una capilla.

**D.<sup>a</sup> ISABEL**, de luto rigoroso.—**LOS ANCIANOS DE MESINA** la rodean de pie.

**D.<sup>a</sup> ISABEL**.—Obedeciendo á la necesidad, no espontáneamente, me presento á vosotros, ancianos venerables de esta ciudad, abandonando mis silenciosos aposentos, para mostrar mi rostro á las miradas de los hombres. Porque conviene á la viuda, que ha perdido á su esposo, gloria y luz de su vida, envolverse en negras vestiduras, y ocultarse á los ojos del mundo entre mudas murallas. Pero un deber imperioso y supremo de este instante, me fuerza á ofrecerme de nuevo ante la luz desacostumbrada del mundo.

Aun no ha renovado la luna dos veces su faz luminosa, desde que conduje á su último lugar de descanso á mi reo esposo, que gobernó esta ciudad con energía, defendiéndolos con su fuerte brazo de los enemigos que os asedian.

El sucumbió, pero su espíritu se perpetúa en sus dos heroicos y valerosos hijos, orgullo de este país. Los habéis visto crecer y desarrollarse en medio de vosotros, pero crecía al mismo tiempo con ellos el germen desconocido y misterioso de un odio funesto fratricida, que, después de destruir la alegre unión de su infancia, se ha hecho terrible con los años. Nunca su concordia me ha llenado de gozo. Por igual los alimenté mi seno; compartí entre ellos por igual mi amor y mis cuidados, y me consta que es grande y la misma para mí su piedad filial. Sólo en este afecto no se diferencian, pero en todo lo demás reinó entre ambos oposición completa.

A la verdad, mientras reinó su padre, á quien temían, refrenó sus impetus con su severa justicia y su constante imparcialidad, y bajo este férreo yugo sometió sus almas obstinadas. No habian de acercarse armados uno á otro, ni pasar la noche bajo el mismo techo. Así, con tales rigores, impedía la explosión de su feroz carácter, aunque dejaba subsistir su odio implacable en el fondo de sus pechos... El poderoso desdeña detener la fuente humilde, por lo mismo que, cuando quiere, refrena la impetuosidad del torrente:

Lo que había de suceder, sucedió. Cuando la muerte cerró sus párpados, y su mano vigorosa no los sujetó, estalló su mutua malevolencia, como el fuego, largo tiempo comprimido, en abierta llama. Os digo lo que, como testigos, habéis todos presenciado. Mesina se dividió, y la lucha fratricida rompió los vínculos sagrados naturales, y dió rienda suelta a la general discordia. Desenvainóse espada contra espada, y la ciudad se convirtió en campo de batalla. Hasta se derramó la sangre en estas habitaciones.

Desatáronse todos los lazos del Estado, como habéis visto, y mi corazón se desgarró en mi pecho... Vosotros sólo habéis conocido las calamidades públicas, y os habéis

cuidado poco de los dolores de una madre. Vinisteis á buscarme, y pronunciasteis estas duras palabras: «Ya veis que la contienda entre vuestros hijos arrastra á los ciudadanos á una guerra civil, cuando, cercados de enemigos, sólo con la unión pueden resistirlos... Sois su madre; y por tanto, os corresponde aplacar su sanguinaria malquerencia. ¿Qué importa á nosotros, los pacíficos, la rivalidad de nuestros señores? Hemos de perdernos porque vuestros hijos se odien? Queremos prescindir de ellos, y llamar á otros gobernantes, que procuren nuestro bien y que puedan dárnoslo.»

Así hablasteis vosotros, hombres feroces é insensibles, no solícitos sino de vuestro bien y del de vuestra ciudad, y acumulasteis las desdichas públicas sobre las particulares mías, insoportables ya por su peso abrumador. Acometí, pues, una empresa de éxito harto problemático, y con el corazón traspasado me interpuse entre los furiosos, clamando paz... Sin miedo, sin descanso, con toda mi alma, porfíé con ellos, ya con el uno, ya con el otro, hasta conseguir con mis ruegos maternos que se apaciguasen, y se reunieran en esta ciudad de Mesina, y en el castillo de sus antepasados, sin enemistad ni odio, lo que no había sucedido desde la muerte de su padre.

¡Ya llegó ese día! Espero á cada momento los emisarios, que han de anunciarme su llegada... Prestaos, pues, á recibir sumisos á vuestros señores, como conviene á súbditos. Ocupaos sólo en cumplir vuestro deber, y dejad lo demás á mi cuidado. Funesta era para este país y para vosotros, funesta para ellos mismos la contienda entre mis hijos. Si se reconcilian y se unen, son bastante poderosos para protegeros contra el mundo entero, y hacer valer sus derechos... contra vosotros. (Los Ancianos se alejan en silencio con la mano sobre el pecho. Ella hace señas á un antiguo servidor, que se queda.)

## ESCENA II.

ISABEL y DIEGO.

ISABEL.—¡Diego!

DIEGO.—¿Qué manda mi Soberana?

ISABEL.—¡Fiel servidor! ¡Corazón honrado! ¡Acércate! Tú has compartido mis penas y dolores; comparte ahora también la dicha, que me sonríe. He confiado á tu pecho leal mi tierno, mi santo, mi triste secreto. Ha llegado el momento, en que debe mostrarse á la luz del día. Harto tiempo he rechazado el impulso poderoso de la naturaleza, porque me lo impedía imperiosa é incontrastable voluntad ajena. Su voz puede elevarse ahora con libertad, y este palacio, tanto tiempo desierto, reunirá hoy cuanto me es más caro en el mundo.

Dirige, pues, tus pasos, lentos por los años, hacia ese conocido claustro, que guarda para mí precioso tesoro. Tú, fiel servidor, lo depositaste allí, esperando mejores días, y prestándome en mi alicción penoso servicio. Tráeme alegre esa prenda estimada, para que mi regocijo se aumente. (óyense trompetas á lo lejos.) Corre, corre, y que el contento te dé alas. Oigo ya la música guerrera, que me anuncia la llegada de mis hijos. (Vase Diego. Óyese la música por dos lados opuestos, acercándose más y más.)

Todo Mesina está en movimiento... ¡Escuchad! Confusa vozcería penetra hasta aquí murmurando... ¡Ellos son! Mi corazón maternal late violentamente. Su proximidad le infunde celeridad y fuerza ¡Ellos son! ¡Oh hijos, hijos míos! (Vase apresuradamente.)

## ESCENA III.

EL CORO, que entra.

Se compone de dos semicoros, que llegan al mismo tiempo al teatro por dos lados, uno del fondo, el otro del proscenio, que rodean andando la escena, y cada uno se coloca aparte. Uno de los semicoros está formado de ancianos, y el otro de caballeros, distinguiéndose por sus colores y divisas. Cuando están ya ordenados, calla la música y hablan los dos corifeos.

PRIMER CORO. (*Cayetano.*)—Yo te saludo con respeto, salón suntuoso, cuna regia de mi señor, artesonado espléndido sostenido por columnas.

Que la espada descanse tranquila en la vaina, y que ante estas puertas yazga encadenada la discordia de cabellós de serpientes. El umbral sagrado de este palacio está guardado por el Juramento, hijo de las Furias, el más temible de los dioses infernales.

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo.*)—Mi corazón se revuelve airado en mi pecho; mi brazo se apresta á la batalla, porque veo la cabeza de mi enemigo, la odiosa imagen de Medusa. Apenas puedo refrenar el ardor de mi sangre. ¿Seré fiel á la palabra de honor, que le he dado? ¿Me dejo arrastrar de mi furiosa ira? Pero me espanta la Euménides, protectora de esta mansión, y la tregua de Dios, hoy vigente.

PRIMER CORO. (*Cayetano.*)—Al anciano conviene mayor moderación, y yo, más razonable, saludo primero. (Al segundo coro.) Sé el bienvenido, tú, que compartes mis sentimientos fraternales, y que, como yo, honras y respetas á las deidades, protectoras de este palacio. Ya que los Prin-

cipes hablan entre sí con dulzura, queremos pronunciar también ahora palabras de paz, y conversar sin miedo y con sosiego con vosotros, porque la palabra es por sí buena y saludable. Pero si te encuentro en campo libre, la sangrienta lid podrá renovarse, y probar al valor el acero.

TODO EL CORO.—Pero si te encuentro en campo libre la sangrienta lid podrá renovarse, y probar al valor el acero.

PRIMER CORO. (*Berenguer.*)—No te odio. Tú no eres mi enemigo. Nacimos en la misma ciudad, y aquellos son extranjeros. Pero cuando los Príncipes pelean, sus servidores han de matar y morir, porque es lo regular y lo justo.

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo.*)—Bien pueden saber por qué se aborrecen, hasta derramar sangre batallando. Á mí no me importa. Nosotros combatimos porque ellos combaten. Ni el valiente ni el hombre de honor consienten que sean despreciados sus señores.

UNO DEL CORO. (*Berenguer.*)—Oid lo que yo pensaba, cuando ocioso discurría por las ondeantes mieses, entregado á mis reflexiones.

En el calor de la contienda no teníamos ocasión de cavilar ni aconsejarnos, porque la sangre, con su ardor, nos arrastraba.

Estos sembrados ¿no son nuestros? Estos olmos, con las viñas que los tapizan, ¿no son hijos de nuestro sol? ¿No podríamos, contentos y gozosos, pasar los días tranquilos y sin cuidados, y hacer la vida alegre y ligera? ¿Á qué desenvainar nuestra espada en favor de linaje extranjero con delirante frenesí? No tiene derecho alguno en nuestro suelo. Vino en bajeles de donde se oculta el sol entre arboles, y los acogimos, no nosotros, nuestros padres, con pródiga hospitalidad. Largo tiempo hace ya. ¿Y somos ahora sus súbditos, bajo el yugo de esta raza extraña?

OTRO DEL SEGUNDO CORO. (*Manfredo.*)—¡Bien! Habitamos

una región venturosa, alumbrada por el sol en su curso y por el cielo, con claridad siempre amiga, y podríamos disfrutar plácidos de sus beneficios; pero no es posible guardarla ni cerrarla, y la rodean las olas del mar, exponiéndonos á los ataques de los atrevidos corsarios, que cruzan sin miedo sus costas. Las bendiciones derramadas sobre nuestro suelo, que debieran ser sólo para nosotros, sirven no más que de incentivo á las armas extranjeras. Somos esclavos en nuestras mismas moradas, y nuestro país impotente para defender á sus habitantes. No en donde sonrie Ceres de cabellos de oro, ni Pan, dios pacífico y protector de las flautas, sino en donde nace el hierro en las hendiduras de los peñascos, es en donde surgen los dominadores del orbe.

PRIMER CORO. (*Cayetano.*)—Desigualmente están distribuidos en el fugaz linaje humano los bienes de la vida; pero la naturaleza es siempre justa. Danos la abundancia y la fertilidad, que se renueva sin descanso, y á ellos poderosa voluntad y fuerza incontrastable. Con su temible vigor hacen lo que sus corazones ansían, y llenan la tierra con su fama; aunque desde las cimas más altas, es la caída más estrepitosa y más profunda.

Por esto celebro yo mi humildad, y me escudo bajo mis débiles fuerzas. Esos impetuosos torrentes, que descienden de las nubes y del espeso gránizo, se adelantan mugiendo y arrasando cuanto encuentran, y arrastran los puentes y los diques con sus olas espumosas, que imitan al trueno. Ningún obstáculo puede detener su impetuoso empuje. Pero á poco de nacer, las señales temibles de su curso desaparecen en la arena, y sólo anuncian su existencia sus huellas destructoras... Los conquistadores extranjeros vienen y se van; nosotros obedecemos y nos quedamos. (Ábrense las puertas del fondo, y aparece D.<sup>a</sup> Isabel entre sus hijos D. Manuel y D. César.)

LOS DOS COROS. (*Cayetano.*)—Gloria y prez al astro brillante, que se ostenta allí á nuestra vista. De rodillas venero yo á su Alteza.

EL PRIMER CORO. (*Berenguer.*)—Bella es la tenue claridad de la luna con el cortejo de las estrellas brillantes; bella es la amable majestad de la madre, rodeada de la fuerza y del ardor de sus hijos. En todo el orbe no hay otra imagen, que pueda comparársele.

En su rango supremo llena floreciente el cuadro más bello, y la madre y los hijos forman la corona perfecta del mundo.

Hasta la Iglesia, la divina Iglesia, no posee nada más bello en el trono celeste, ni el arte, hijo de los dioses, crea nada más seductor que la madre con su niño.

EL SEGUNDO CORO. (*Bohemundo.*)—Ve salir alegre de su seno árbol florido, que perpetuamente se renueva. Porque ha dado a luz una progenie, que irá tan lejos como el sol, y dará nombre al tiempo pasajero.

ROGER.—Bórranse pueblos; enmudecen linajes; el olvido sombrío extiende sobre todas las familias sus alas, negras como la noche.

Pero los Príncipes resplandecen solitarios y serenos, y la Aurora los ilumina con sus rayos eternos, como á las cimas más altas de la tierra.

ISABEL. (*Adelantándose con sus hijos.*)—Mira aquí abajo, Reina suprema del cielo, y pon tu mano en este corazón para reprimir su orgullo, porque fácilmente lo olvida una madre, en su alegría, cuando se ve reflejar en el brillo de sus hijos. Por vez primera, desde que los dí á luz, comprendo toda la extensión de mi ventura. Porque hasta hoy me he visto obligada á dividir los plácidos goces de mi corazón: había de prescindir de uno de mis hijos cuando disfrutaba de la vista del otro. ¡Oh! Mi amor maternal era solo uno, y mis hijos eran siempre dos... Decid, ¿puedo

entregarme sin temblar al blando poder de mi embriagado corazón? (A D. Manuel.) Si estrecho cariñosamente la mano de tu hermano, ¿penetra una espina en tu cuerpo? (Á don César.) Cuando mis ojos se recrean contemplando á tu hermano, ¿es un latrocinio para tí... ¡Oh! ¡Temo que hasta el mismo amor, que os manifiesto, atice la llama de vuestro odio! (Después de interrogar á ambos con la mirada.) ¿Qué puedo esperar de vosotros? ¡Hablad! ¿En qué disposición venís aquí? ¿Dura aún el inveterado é implacable odio, que os animó siempre en la casa de vuestro padre? ¿Espera alta fuera, deante de las puertas del palacio, la funesta guerra, mordiendo el freno de bronce, para desencadenarse con nueva furia cuando me dejéis?

EL CORO. (*Bohemundo.*)—¡Guerra ó paz! Las alternativas de la suerte yacen ocultas todavía en el seno de lo porvenir. Pero se decidirá la una ó la otra antes de separarnos; preparados estamos para ambas.

ISABEL. (*Mirando á todos los circunstantes.*) ¿Qué aspecto tan belicoso y terrible! ¿Qué hacen éstos aquí? ¿Es una batalla lo que se intenta en estos salones? ¿Para qué, si no, esta muchedumbre extranjera, cuando una madre se propone abrir su corazón á sus hijos? ¿Esperabais acaso en el seno de una madre astucias y asechanzas, ya que tomáis tantas precauciones?... ¡Oh! Estas bandas feroces, que os siguen, activos instrumentos de vuestra cólera... ¿no son vuestros amigos? Jamás creáis que son benévolos para vosotros, y que procuran vuestra felicidad. ¿Cómo es posible que estén de acuerdo con vosotros, siendo extranjeros que han invadido este país, que lo han despojado de sus bienes y sometido á su yugo? ¡Fíaos de mí! Todos ansían ser libres, y regirse por sus propias leyes. La dominación extranjera se mira siempre de reojo. Vuestro poder solo, y el temor, que inspiráis, los mantiene en la obediencia, que os negarían de otro modo. Aprended á conocer á este

linaje falso y desleal. Alegrándose de vuestro mal es como se vengan de vuestra dicha y de vuestra grandeza. La caída de los soberanos, la ruina de los más altos potentados, es el asunto más grato de sus cantos y de su conversación, el que se trasmite de hijos á nietos, y el que los distrae en las noches de invierno... ¡Oh, hijos míos! Sólo hay en el mundo falsía y mala voluntad. Cada cual se ama á sí mismo únicamente; flojos, inestables é inseguros están todos los lazos, que sujetan á la fugaz dicha... El capricho desata lo que el capricho ata... Sólo la naturaleza es sincera. Ella no más descansa en áncora eterna y profunda, cuando todo lo demás es arrastrado vacilante por las olas borrascosas de la vida... La mutua inclinación forma los amigos, y el interés los compañeros. ¡Bienaventurado, pues, aquel á quien dió un hermano el nacimiento! La fortuna no puede concedérselo. Con él es creado un amigo, y cuenta con otro sér, igual á sí mismo, en las batallas y engaños de este mundo.

EL CORO. (*Cayetano*.)—Sí; es grandioso, y digno para mí de veneración, ver una Soberana de egregios pensamientos, que juzga con serena imparcialidad las acciones y relaciones mutuas de los hombres. Llévanos á nosotros ciego impulso por las áridas sendas de la vida.

ISABEL. (A D. César.)—Tú, que desenvainaste la espada contra tu hermano, examina toda esta muchedumbre, y dime si entre ellos encuentras más noble figura que la de tu hermano. (A D. Manuel.) ¿Quién, entre estos, que llamas tus amigos, se puede comparar con tu hermano? Cada uno es un modelo de su edad, y ninguno igual ni inferior al otro. ¡Atreveos á miraros mutuamente! ¡Oh insensatez celosa y llena de envidia! Entre miles hubierais elegido un amigo único, y estrechádolo contra vuestro pecho, cuando la sagrada naturaleza os los da, cuando os los ofrece desde la cuna, criminal y fratricida los holláis con vues-

tras plantas con orgullo, y os acogéis á hombres perversos, y os aliáis con extranjeros y enemigos.

D. MANUEL.—¡Escúchame, madre!

D. CÉSAR.—¡Madre mía, óyeme!

ISABEL.—No son las palabras, las que han de terminar esta triste contienda. No se ha de distinguir ahora lo tuyo de lo mío, ni la venganza de la ofensa. ¿Quién podrá rastrear el antiguo lecho de esa corriente de azufre, que, ardiendo, siguió su curso? Efecto es todo de fuego subterráneo y terrible; la lava cubre lo que no devoró el incendio, y devastado se ve cuanto los pies huellan. Sólo esto quiero depositar en vuestro corazón. El mal, que hace á su semejante el hombre adulto, se olvida, según creo, y se perdona con trabajo. Los mortales acarician sus motivos de odio, y su venganza no sufre alteración, cuando se ha meditado seriamente. Pero la causa de vuestra enemistad proviene de vuestra infancia, época sin razón, bastante para desarmaros. Inquirid el origen de vuestra desunión primitiva, y la ignoráis; y aun cuando la encontraseis, sólo serviría para avergonzaros de vuestro infantil odio. Y, sin embargo, esa primitiva y pueril discordia, continuada en encadenamiento funesto, ha engendrado los últimos males, que todavía duran, puesto que todos los hechos deplorables acaecidos hasta ahora, son hijos sólo de las sospechas y de la venganza. Y esas disputas de niños ¿han de proseguir por vuestra voluntad ahora, cuando ya sois hombres? (Cogiendo las manos de ambos.) ¡Oh! ¡Hijos míos! Venid, y renunciad uno y otro á toda satisfacción, porque ambos habéis sido injustos. Sed magnánimos, y perdonad generosamente culpas graves é insufribles. ¡El perdón es la mayor victoria! Sepultad en la tumba de vuestro padre esa aversión antigua de vuestra más tierna infancia. Comenzad una nueva vida, y que el amor, la unión y la reconciliación sean su divisa. (Retrocede un paso, como para dejarles lu-

gar de aproximarse. Los dos miran al suelo, pero no uno á otro.)

EL CORO. (*Cayetano.*)—Atended á las exhortaciones de vuestra madre, porque sus palabras son, á la verdad, importantes. Daos por contentos, y poned término á vuestra enemistad, ó continuadla si os place. Cuanto os agrade será justo para mí, porque sois los soberanos y yo el vassallo.

ISABEL. (Después de esperar algún tiempo, aunque en vano, que los hermanos se reconcilien, con dolor concentrado.)—Ahora nada sé. He agotado mis palabras persuasivas y el poder de las súplicas. En la tumba descansa quien os obligaba por la fuerza, y vuestra madre nada vale para vosotros. ¡Acabad! ¡Libres sois! Obedeced al demonio, que, insensato y furioso, os arrastra; profanad el santuario del hogar doméstico, y que este palacio, en donde habéis nacido, se trueque en teatro de vuestro fratricidio. En presencia de vuestra madre podéis destrozaros, y con vuestras propias manos, no con manos extrañas. Cuerpo contra cuerpo, como los hermanos de Thebas, atacad uno á otro y luchad valerosos, estrechandoos con férreo brazo. Jugad la vida, y venza el que pueda, hundiendo su puñal en el pecho de su hermano. Que la misma muerte no aplaque vuestro odio, y que hasta la columna de fuego, que se eleve de vuestras piras, se separe en dos partes, simbolizando horriblemente vuestra vida y vuestra muerte. (Vase. Los dos hermanos permanecen alejados como antes.)

## ESCENA V.

### LOS DOS HERMANOS y los dos COROS.

EL CORO. (*Cayetano.*)—Sólo he oído palabras, pero han quebrantado mi valor en mi durísimo pecho. Yo no derramé sangre de mis deudos. Puras levanto al cielo mis manos. Vosotros sois hermanos. Reflexionad en lo que hacéis.

D. CÉSAR. (Sin mirar á D. Manuel.)—¡Tú eres el hermano mayor, habla! Sin rubor cedo yo á mi primogénito.

D. MANUEL. (En la misma posición.)—Dí algo grato, y yo imitaré el noble ejemplo, que me dé mi hermano menor.

D. CÉSAR.—No porque yo me estime el más culpable, ó me sienta el más débil...

D. MANUEL.—Quien conozca á D. César no le llamará cobarde; y si se creyese más débil, serian más orgullosas sus palabras.

D. CÉSAR.—¿No tienes de tu hermano más desventajosa opinión?

D. MANUEL.—Eres harto arrogante para rebajarte, y yo para mentir.

D. CÉSAR.—Mi noble corazón no sufre desdenes. Pero en lo más ardiente de nuestra contienda pensabas dignamente de tu hermano.

D. MANUEL.—No deseas mi muerte, y tengo de ello pruebas. Un fraile te ofreció asesinarme, y tú castigaste á traidor.

D. CÉSAR. (Acercándose un poco.)—Si antes hubiera yo sabido que eras tan justo, muchos males se hubieran evitado.

D. MANUEL.—Si yo hubiera sabido antes que tan fácilmente se aplaca tu corazón, muchas penas hubiese ahorrado á mi madre.

D. CÉSAR.—Habláronme de tí como de hombre muy orgulloso.

D. MANUEL.—Es azote de los potentados que los hombres bajos usurpan su confianza.

D. CÉSAR.—(Con viveza.)—Así es; mis servidores son sólo los culpables.

D. MANUEL.—Que separaban nuestros corazones, sembrando en ellos odio amargo.

D. CÉSAR.—Que llevaban y traían palabras ofensivas.

D. MANUEL.—Y envenenaban los hechos con falsas interpretaciones.

D. CÉSAR.—Y exacerbaban las heridas, que debieran sanar.

D. MANUEL.—Atizaban la llama, que debían de apagar.

D. CÉSAR.—Nosotros éramos los extraviados y los engañados.

D. MANUEL.—Ciegos instrumentos de pasiones ajenas.

D. CÉSAR.—Verdad es esto; traición todo lo demás.

D. MANUEL.—Y falsedad. Lo dice mi madre, y puedes creerlo.

D. CÉSAR.—Quiero estrechar, pues, esta mano fraternal... (Presentándole la mano.)

D. MANUEL.—(Oprimiéndola con efusión.)—La más amada por mí en el mundo. (Danse ambos la mano, y se contemplan callados.)

D. CÉSAR.—Mírote, y me sorprende observar en tu rostro las facciones queridas de mi madre.

D. MANUEL.—Y yo descubro en tí tales rasgos de semejanza con ella, que siento extraña emoción.

D. CÉSAR.—¿Eres tú verdaderamente quien acoge tan cariñoso á su hermano más joven, y lo hablas tan amable?

D. MANUEL.—Este joven tan afable y simpático, ¿es aquel hermano tan malévolo y tan odiado? (Nueva pausa. Ambos se examinan atentos.)

D. CÉSAR.—Tú deseabas poseer esos caballos árabes de

la herencia de nuestro padre. Yo rechacé á los caballeros que me enviaste.

D. MANUEL.—Si te agradan, no pienso más en ellos.

D. CÉSAR.—No; toma los caballos; toma también el carro de nuestro padre; yo te lo suplico.

D. MANUEL.—Acepto, si tú admites el castillo á la orilla del mar, motivo de tantos disgustos entre nosotros.

D. CÉSAR.—No lo admito, aunque quedaré satisfecho, si lo habitamos juntos fraternalmente.

D. MANUEL.—¡Sea así, pues! ¿Para qué dividir nuestros bienes, estando unidos nuestros corazones?

D. CÉSAR.—¿Con qué fin vivir separados, cuando juntamente con el otro, seremos más ricos cada uno?

D. MANUEL.—Ya no estamos separados; ya estamos unidos. (Se precipita en sus brazos.)

EL PRIMER CORO. (Al segundo.) (*Cayetano.*)—¿Estamos nosotros alejados unos de otros como enemigos, cuando nuestros Príncipes se abrazan afectuosos? Yo sigo su ejemplo y te ofrezco la paz. ¿Nos hemos de odiar eternamente? Ellos son hermanos, y los ligan los lazos de la sangre, y nosotros conciudadanos, é hijos de la misma patria. (*Ambos coros se abrazan.*)

## ESCENA VI.

Los MISMOS y un MENSAJERO.

SEGUNDO CORO. (A D. César.) (*Bohemundo.*)—Veo ya de vuelta, oh señor, al mensajero que enviaste. ¡Regocijaos, D. César! Buena nueva te aguarda, porque brilla alegre la mirada del que llega.



EL MENSAJERO.—¡Júbilo para mí y para la ciudad, libre de su azote! Mis ojos se deleitan en agradable espectáculo. Veo á los hijos de mi Soberano, á mis Príncipes, en amistoso coloquio, estrechándose la mano, y cuando los dejé luchaban entre sí furiosos.

D. CÉSAR.—Contemplas el afecto, elevándose, como el ave fénix, de las llamas del odio.

EL MENSAJERO.—Nueva ventura añadiré yo á la que dices. De mi bastón de mensajero brotan también verdes ramas.

D. CÉSAR. (Llevándolo aparte.)—Oigamos tu mensaje.

EL MENSAJERO.—Acumúlanse en el espacio de un solo día todas las dichas posibles. La que se había perdido, la que buscábamos, se ha encontrado, señor, y no está lejos.

D. CÉSAR.—¿Se ha encontrado? ¡Oh! ¿En dónde está? ¡Habla!

EL MENSAJERO.—Ocultase aquí en Mesina, señor.

D. MANUEL. (Volviéndose al primer semicoro.)—Vivo rubor brilla en las mejillas de mi hermano, y sus ojos despiden relámpagos de alegría. Ignoro la causa, pero indican el placer, y siéntolo yo como él lo siente.

D. CÉSAR. (Al Mensajero.)—¡Ven; llévame!... ¡Adiós, Manuel! Nos veremos de nuevo en los brazos de nuestra madre. Una ocupación urgente exige fuera de aquí mi presencia. (Hace ademán de irse.)

D. MANUEL.—No lo dilates, y que la fortuna te acompañe.

D. CÉSAR. (Que reflexiona, y vuelve.)—¡Manuel! Más de lo que puedo expresar, me complace tu vista... Sí; presiento que nos amaremos como dos amigos cordiales; nuestra mutua inclinación, largo tiempo contenida, será más estrecha, y mucho más duradera bajo el influjo de este astro benéfico. Repararemos los días perdidos.

D. MANUEL.—Las flores anuncian ópimo fruto.

D. CÉSAR.—No está bien. Lo creo así, y yo mismo reaprebo el arrancarme ahora de tus brazos. No pienses que

deploro menos que tú verme obligado á abreviar tan precipitadamente esos solemnes y gratos momentos.

D. MANUEL. (Distraído.)—Aprovecha la ocasión. A nuestro afecto pertenece desde hoy la vida entera de ambos.

D. CÉSAR.—Si yo te revelase la causa de mi ausencia...

D. MANUEL.—Déjame tu corazón! ¡Guarda tu secreto!

D. CÉSAR.—Ningún misterio debe en adelante separarnos. Pronto se levantará el último velo. (Volviéndose al coro.) Desde ahora os lo digo para que todos lo sepáis: terminoso la contienda con mi querido hermano. Declaro mi enemigo mortal y mi ofensor, y detestaré como al infierno, á quien intente encender de nuevo la extinguida llama de nuestras discordias... Que no se lisonjee de complacerme ó de granjearse mi gratitud el que me hable mal de mi hermano, ó el que, arrastrado por celo indiscreto, deslice á mis oídos las rápidas flechas de la calumnia... No echan raíces en los labios las palabras irreflexivas, inspiradas por la cólera; pero cuando son recogidas por la sospecha, se arrastran como plantas trepadoras, crecen y se desarrollan en espeso ramaje por el árbol del corazón. Así los buenos y los mejores, incurrn en faltas irreparables. (Abraza de nuevo á su hermano, y se va, seguido del segundo coro.)

## ESCENA VII.

D. MANUEL y el PRIMER CORO.

EL CORO. (Cayetano.)—Alónito en sumo grado, oh señor, te considero, y hoy casi no te conozco. Apenas contestas con parsimonia á las frases afectuosas de tu hermano, que te sale al encuentro con tanta benevolencia como sinceridad. Absorto te observo ahí en tus pensamien-